

Carta para después del fin

Desaparezco. Cansado de esperar su llegada me escondo tras las entrañas del cadáver de mi madre. Hace 233 meses espero que regresen. Me dijeron que irían por ayuda y luego vendrían por nosotros. Hasta ahora no ha pasado nada. La guerra terminó, y con ella se fueron muchos recuerdos y sufrimientos, pero llegaron otros nuevos. El amanecer ya no es azul como antaño; ahora se torna rojo como si alguien se hubiera cansado de las nubes y hubiese decidido tomar toda la sangre regada por la batalla de aniquilación del género humano para teñir completamente el firmamento. En las mañanas los rayos solares iluminan la tierra como un inmenso semáforo que nos indica que debemos parar, ya no unos minutos para esperar a que pasen los otros sino para siempre. La raza humana, la creación más perfecta que haya poblado la Tierra debe extinguirse, ser eliminada. Unos pocos como yo nos resistimos a ello. Preferimos la soledad de la eternidad en lugar de desaparecer para siempre. De una raza de billones hemos sobrevivido solo un par de miles, y la vida no nos alcanza para conocer el mundo que a nuestros pies se extingue. Las flores han aprendido a vivir marchitas, ya no se retuercen en la eterna búsqueda de la luz, simplemente languidecen a causa de su desdicha y se quedan allí para recordarnos lo estúpidos que hemos sido. Son la prueba fehaciente de una raza que jugó a ser Dios y perdió, lo perdió todo incluso la posibilidad de ser recordada, pues ya no quedan pergaminos por manchar o registros por

llenar. De nada nos sirvieron años y años de evolución, durante los cuales logramos superar la naturaleza a través de la manipulación de lo material. Ya no nos sirve la última supercomputadora, pues no existen datos que procesar; ya no nos sirve el exprimidor de naranja, pues ya no existen frutos que comer.

Los que quedamos o, a mi modo de ver, los elegidos nos hemos estado alimentando de los cadáveres más frescos: hemos bebido su sangre como si fuese agua; gracias a ella hemos aprendido a vivir como vampiros, pues la luz del día se nos ha vuelto insoportable. En los mejores banquetes nos comemos las vísceras de los que alguna vez fueron nuestros amigos y familiares. Incluso tenemos nuevos platos: el filete de corazón en salsa carmesí es el que más nos gusta. Delicioso, ¿no? Bueno, es lo que tenemos para comer. Cada uno de nosotros ha jurado servir de alimento a los demás hasta que el penúltimo de nosotros muera. Creo que va a ser dentro de poco, pues nos estamos desplomando como un castillo de naipes; el viento huele a muerte, nos sacude como hojas secas e intenta llevarnos. ¿A dónde? ¿Acaso al más allá? No creo. Si fuera al más allá, los otros, los que ya no están, hubieran intentado rescatarnos, pues este suplicio no le es deseable a nadie. Ya no existen úteros en los cuales podamos dormir, pues no hay mujeres ni hombres, sino simplemente seres conscientes de sus desdichas que se niegan a morir en vano. Hemos perdido la posibilidad de reproducirnos y el placer de poseernos, por eso pereceremos. Ya no recuerdo lo que fui en el pasado, si macho o hembra, ni qué gusto sexual tenía. Soy un ser amorfo, sin sexo y sin memoria. No sabemos qué paso, pero de lo que sí estoy seguro es de que nosotros permitimos que el cielo se pintara de rojo. Aun a pesar de las visiones apocalípticas que tantas veces recreamos para entretenernos, nunca estuvimos preparados para enfrentar el fin. El fin de

nosotros, el fin de todo lo que fuimos, ni la imposibilidad de lo que anhelamos ser. Entregados al placer, destruimos todo lo que habíamos creado. Un millón de años pasarán hasta que la vida regrese al planeta. Ya no estaremos ni seremos recordados. Buscábamos la verdad y perdimos su posibilidad. Todas las veces que nos quebramos el culo leyendo y releando miles de textos apiñados en bibliotecas polvorientas no sirvieron para nada, solo para llenarnos la cabeza de lombrices que nos cagaron el cerebro y nos hicieron olvidar el origen secreto de nuestra eternidad.

En todo ejercicio de poder siempre existe un ejercicio de resistencia que también es poder. Resistir a la muerte parece ahora nuestra única relación posible. Quizás mañana muera el último de nuestra especie. El poder, que antes era el gobierno de la vida, se ha culminado así mismo. Ahora siempre será la muerte, la aniquilación total. Nosotros los últimos, quienes recorremos el fin, resistimos escapando con temor. Ella, elle, él, la muerte o el último poder camina entre nosotros e incluso nos da recetas para preparar nuestra comida. Yo la veo como una mujer a quien deseo. Mis compañeros de viaje le otorgan otras formas: ángel salvaje o perro que ladra o anciano que ríe o robot que controla o árbol andante o fruta sangrante. Todos vemos muerte en múltiples formas macabras. La deseamos y rehuimos, pues no queremos dejar de ser. El capricho de seguir siendo humanos mantiene firme nuestra voluntad, aunque con ella tengamos que atravesar la aridez infernal de lo que ya no puede ser. La vida ya no nos sirve, no nos alcanza para reconstruir el mundo pues, como lo he dicho, olvidamos el secreto de la eternidad. Sobrevivimos en los márgenes de la descomposición humana... somos menos que nada, y los Dioses nos miran con desprecio y se ríen, se carcajean tanto que sus alaridos retumban en todo el universo.

Se burlan, pues disfrutan de nuestra desgracia, disfrutan de la tragi-comedia en la que se ha convertido nuestra existencia.

Este es el fin, el último acto de la humanidad. Una puesta en escena que se prolongará hasta el último aliento de cualquiera de nosotros. Quisiera ser el testigo de ese *grand finale* y que se me concediera la posibilidad de un epílogo. Saber lo que seguirá después de nosotros. Mientras tanto continuaré esperando en las mañanas restantes de esta inevitable brevedad a que ellos regresen. De pronto cumplen su promesa y nos llevan a un lugar mejor, donde por fin seremos algo que trascienda a nuestra decadente humanidad.

Johnnier Aristizábal Santa